

pronto los vientos que necesitaba su flotilla, como los hombres sobre los que su ascendiente debía ser irresistible. Pero apenas entró en París, desaparecieron de la vista de todos las torpezas de los Borbones, se recordaron las suyas, las que había cometido durante su primer reinado, y todo su genio, todo su arrepentimiento parecían impotentes. Aceptó sin titubear el tratado de París, que con tanta obstinación había rechazado en 1814, llegando hasta el extremo de preferir á su adopción la pérdida del trono; y pidió la paz á la Europa con una humildad que á pesar de todo convenía á su gloria. «No, respondió la Europa, nos ofrecéis la paz, pero sin deseársela con sinceridad;» y rechazó al hombre que la suplicó, y cerró el paso de la frontera á sus correos de gabinete. Napoleón se dirigió en seguida á la Francia y la ofreció sinceramente la libertad, porque si su carácter podía resistir trabas, su genio comprendía que ya no era posible gobernar sin la nación, y sobre todo que no le quedaba más que un partido que seguir, el de la libertad. La Francia no le respondió como la Europa, pero se mostró dudosa, y para convencerla se vió Napoleón obligado á convocar inmediatamente las cámaras, las cámaras llenas de partidos revoltosos, encarnizados, implacables, y que por todo apoyo contra la Europa no podían ofrecerle más que sus divisiones.

Rechazado por la Europa, acogido con dudas por la Francia, en un instante en el que necesitaba todo su

apoyo, Napoleón, después de veinte días de alegría, cayó en una sombría tristeza de la que no se libertaba más que algunos momentos, mientras que trabajaba para sacar de los restos de nuestro estado militar al desgraciado y heroico ejército de Waterloo. Así, pues, triunfando por las faltas de los Borbones y sucumbiendo bajo el peso de las suyas, dió al mundo, después de tantos y tan instructivos espectáculos, otro espectáculo, el último más profundamente moral y más profundamente trágico que los precedentes, el del genio inútil aunque sinceramente arrepentido! Y, digámoslo de una vez, en medio de estas vicisitudes, de estos veinte días de corta alegría, de los ciento de tristeza mortal, hubo un actor de estas grandes escenas que no tuvo ni un solo día de contento; este actor fué la Francia, la Francia, víctima infortunada de las faltas de los Borbones como de las de Napoleón, víctima por haberlas dejado cometer, llevando en el pecado la penitencia. ¡Cuán triste es nuestro siglo, al menos para los que han vivido en su primera mitad! ¡Quiera el cielo que la generación que nos sigue, y que está llamada á llenar la segunda, goce de días más venturosos! Pero que no se olvide de lo que decimos: tan sólo aprovechando las lecciones de que abunda el pasado medio siglo y que nuestra historia procura dar á conocer con un verdadero valor, tan sólo de este modo, repetimos, es como podrá alcanzarse mejores días y sobre todo merecerlos.

LIBRO SEXAGÉSIMO

WATERLOO

Fuerzas con que contaba Napoleón para dar principio á la campaña de 1815. - Después de guarnecer las plazas, de dejar en París y en Lyon las tropas suficientes para la defensa de estas capitales, y de sofocar la insurrección de la Vendée, sólo podía disponer de ciento veinticuatro mil hombres para tomar la ofensiva en la frontera del Norte. - Si hubiera esperado Napoleón un mes, hubiera podido aumentar su ejército con cien mil hombres más. - A pesar de esto, se decide á tomar la ofensiva sin pérdida de tiempo, para librar á las provincias más adictas y más florecientes de la Francia de los ataques del enemigo, y porque cree que apresurando las operaciones podrá vencer sucesivamente á las columnas invasoras del Norte y del Este, toda vez que la última se halla atrasada respecto de la primera. - Combinación que forma para concentrar su ejército cuando menos se espere, y arrojarlo sobre los ingleses y los prusianos antes que puedan imaginar su aparición. - El 15 de junio, á las tres de la mañana, Napoleón entra en acción, se apodera de Charleroy, derrota á los prusianos y se coloca entre los dos ejércitos enemigos. - Teniendo los prusianos su punto de partida en Lieja y los ingleses en Bruselas, no pueden reunirse más que en la gran calzada de Namur en Bruselas, pasando por Sombreffe y los Quatre-Bras. - Napoleón resuelve dirigirse hacia Sombreffe para combatir á los prusianos con el ala derecha y el centro de su ejército, mientras que Ney, con el ala izquierda, contiene á los ingleses en los Quatre-Bras. - Combate de Gilly en el camino de Fleurus. - Dudas de Ney en los Quatre-Bras. - A pesar de estas dudas, Napoleón consigue, en las primeras horas de la tarde del día 15, realizar su desecho, y se sitúa entre los dos ejércitos enemigos de un modo favorable para combatir á los prusianos al día siguiente, antes que los ingleses puedan acudir á prestarles socorro. - Disposiciones que dicta para la jornada del 16. - Napoleón se ve precisado á diferir la batalla contra los prusianos hasta después del mediodía, á fin de que sus tropas tengan tiempo de reunirse en línea. - Orden que da á Ney para que se apodere á toda costa de los Quatre-Bras, dirigiendo en seguida una columna contra la retaguardia del ejército prusiano. - En las primeras horas de la tarde llegan Napoleón y su ejército delante de Fleurus. - Premura de Blücher para aceptar el reto, y posición que ocupa delante de Sombreffe, detrás de las aldeas de Saint-Amand y de Ligny. - Batalla de Ligny el día 16 desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. - Violenta resistencia de los prusianos en Saint-Amand y en Ligny. - Reitera á Ney la orden de apoderarse de los Quatre-Bras, y de destacar una columna contra la retaguardia de los prusianos. - Al ver Napoleón que no se ejecutan sus órdenes, imagina una nueva maniobra, y corta con su guardia la línea prusiana delante de Ligny. - Resultado decisivo de esta acertada operación. - El ejército prusiano tiene que retirarse con pérdidas inmensas al lado opuesto de Sombreffe, y Napoleón queda dueño de la gran calzada de Namur á Bruselas por los Quatre-Bras. - Mientras que los soldados de Napoleón se batían en Ligny, Ney, temiendo comprometerse en una lucha contra todo el ejército británico, deja pasar el momento propicio, y no entra en acción sino después que los ingleses se hallan en gran número, razón por la cual sólo consigue detenerlos, y de Erlón, por su parte, corriendo de Ligny á los Quatre-Bras y de este punto al otro, pierde el día en idas y venidas sin ser útil en ninguno de los dos parajes. - A pesar de estos incidentes, triunfa el plan de Napoleón, porque ha podido combatir á los prusianos separados de los ingleses, y se halla en posición de poder combatir al día siguiente á los ingleses separados de los prusianos. - Medidas que toma para la jornada del 17. - Queriendo Napoleón vigilar á los prusianos, completar su derrota, y sobre todo tenerlos á bastante distancia mientras que lucha con los ingleses, destaca con este fin el ala derecha de su ejército al mando del mariscal Grouchy, recomendándole expresamente que no deje de estar un solo instante en comunicación con él. - Forma esta ala derecha con las divisiones de Vandamme y de Gerard fatigadas por la batalla de Ligny; y con su centro compuesto de las divisiones de Lobau, de la guardia y de la reserva de caballería se dirige hacia los Quatre-Bras para reunirse con Ney, y atacar á los ingleses. - Emplea una parte de la mañana del 17 en dictar estas disposiciones, y en seguida parte á juntarse con sus tropas que han marchado delante. - Sorpresa que le causa hallar á Ney, que debía formar la vanguardia de la columna, inmóvil detrás de los Quatre-Bras. - Ney, creyendo todavía tener delante á todo el ejército inglés, esperaba la llegada de Napoleón para ponerse en movimiento. - Esta tardanza detiene mucho tiempo al ejército en el paso de los Quatre-Bras. - Tempestad súbita que convierte la comarca en un vasto pantano. - Profunda desanimación de las tropas. - Combate de retaguardia en Genappe. - Napoleón persigue al ejército inglés, que se detiene sobre el terraplén de Mont-Saint-Jean, delante de la selva de Soignes. - Descripción de la comarca. - Designios del duque de Wellington. - Su intención de establecerse en el terraplén de Mont-Saint-Jean, y esperar allí á los prusianos, para intentar con ellos una batalla decisiva. - Blücher, aunque descontento de los ingleses por lo ocurrido en la batalla del 16, les envía á decir que el 18 por la mañana estará á su izquierda, delante de la selva de Soignes. - Minucioso reconocimiento ejecutado por Napoleón, en la noche del 17, bajo una granizada de balas. - Su viva satisfacción al convencerse de que los ingleses están dispuestos á batirse. - Confianza que tiene en el tiempo. - Ordena á Grouchy que se reuna con él y envíe un destacamento para que ataque de flanco por la retaguardia el ala izquierda de los ingleses. - Movimientos que opera Grouchy durante el día 17. - Persigue inútilmente á los prusianos por el camino de Namur, y no se apercibe hasta el anochecer de que se han dirigido hacia Wavre. - Con este motivo, envía á Gembloux su infantería, que no ha andado en todo el día más que dos leguas y media. - A pesar de lo acaecido, se hallan tan cerca unos de otros que Grouchy puede todavía, poniéndose en marcha el 18 á las cuatro de la mañana, anticiparse á los prusianos, cualquiera que sea la dirección que tomen. - Escribe á Napoleón, el 17 por la noche, que le sigue la pista, y que hará cuanto le sea posible para impedirles que se reunan con los ingleses. - Napoleón se levanta muchas veces durante la noche para observar al enemigo. - Las hogueras del campamento de los ingleses no dejan la menor duda acerca de su resolución de dar la batalla. - No habiendo cesado la lluvia hasta las seis de la mañana, manifiesta Drouot, en nombre de la artillería, que no podrán empezarse las maniobras hasta las diez ó las once. - Napoleón se decide á aplazar la batalla hasta esta hora. - Plan del día. - Se propone rechazar hacia el centro el ala izquierda de los ingleses para tomarles la calzada de Bruselas, que es el único camino practicable á través de la selva de Soignes. - Distribución de sus fuerzas. - Aspecto de los dos ejércitos. - Napoleón, después de haber dormitado algunos instantes, se sitúa en un otero, delante de la hacienda de la Belle-Alliance. - Antes de dar la señal del combate, envía un nuevo oficial á Grouchy para indicarle la situación que ocupa, ordenándole que acuda á colocarse á su derecha. - Comienza el fuego á las once y media. - Gran batería que se coloca al frente

del ejército francés, disparando á diestro y siniestro sobre la línea inglesa. — Apenas comienza el fuego se descubre una sombra en lontananza á la derecha. — Caballería ligera enviada para reconocer el terreno. — Ataque del ala izquierda francesa, mandada por el general Reille, entre el bosque y el castillo de Goumont. — Se apoderan del bosque y de la huerta, á pesar de la resistencia del enemigo, pero el castillo no cede. — Perjudicial obstinación en apoderarse de él. — La caballería ligera vuelve anunciando que la sombra que se ve en lontananza á la derecha son las tropas prusianas. — Nuevo oficial enviado á Grouchy. — El conde de Lobau recibe la orden de contener á los prusianos. — Ataque del centro en el camino de Bruselas, para tomar el Haya-Sainte, y de la derecha para arrojar el ala izquierda de los ingleses del terraplén de Mont-Saint-Jean. — Ney dirige este doble ataque. — Los soldados franceses se apoderan de la huerta del Haya-Sainte, pero no logran hacerse dueños de las habitaciones de esta hacienda. — Ataque del cuerno de Erlón contra el ala izquierda de los ingleses. — Los franceses logran triunfar al principio, y están á punto de apoderarse del terraplén, cuando las columnas de infantería se ven asaltadas por una carga furiosa de los dragones escoceses y son dispersadas por no haberse hallado preparadas para resistir á la caballería. — Napoleón lanza sobre los dragones escoceses una brigada de coraceros. — Horrible carnicería que hacen éstos á los dragones escoceses. — Aunque reparado el descalabro de Erlón, todavía queda por tomar el terraplén. — En aquel momento llegan los prusianos y Lobau atraviesa el campo de batalla para contenerlos. — Napoleón suspende la acción contra los ingleses, ordena á Ney que tome el Haya-Sainte para asegurarse un punto de apoyo en el centro, y le encarga que permanezca allí hasta que pueda apreciar la importancia del ataque de los prusianos. — El conde de Lobau rechaza á las primeras divisiones de Bulow. — Ney ataca á el Haya-Sainte, y se apodera de ella. — La caballería inglesa quiere cargar sobre él, y la rechaza persiguiéndola sobre el terraplén. — Entonces se apercebe de que la artillería de los ingleses parece hallarse abandonada, y cree llegado el momento de dar un golpe decisivo. — Pide refuerzos, y Napoleón le confía una división de coraceros, para que pueda reunirse con Reille en torno del castillo de Goumont. — Ney con los coraceros cae sobre los ingleses, y destruye su primera línea. — Toda la reserva de caballería y toda la caballería de la guardia, impulsadas por Ney, siguen su movimiento sin orden del emperador. — Extraordinario combate de la caballería. — Ney hace prodigios, y pide á Napoleón refuerzos de infantería para completar la derrota del ejército británico. — Comprometido en una lucha encarnizada contra los prusianos, no puede Napoleón enviar infantería. — Ordena á Ney que se sostenga en el terraplén hasta más no poder, prometiendo ayudarle á destruir á los ingleses si consigue acabar con los prusianos. — Napoleón, á la cabeza de la guardia, sostiene un combate formidable contra los prusianos. — Bulow es derrotado con grandes pérdidas. — Apenas alcanza este resultado Napoleón, repliega al centro la guardia del ala derecha, y la forma en columnas de ataque para terminar la batalla contra los ingleses. — Primer combate de los cuatro batallones de la guardia con la infantería británica. — Heroísmo de estos batallones. — Mientras que Napoleón acude en su socorro con otros seis batallones, se ve inesperadamente atacado de flanco por el cuerpo prusiano de Ziethen, que es el último que llega á colocarse en línea. — Espantosa confusión. — El duque de Wellington toma entonces la ofensiva, y el ejército francés, víctima del cansancio, atacado de frente, de flanco y por la retaguardia, sin poder esperar el auxilio de algún cuerpo que se reuniese á él, en medio de la noche, y sin ver á Napoleón, se encuentra durante algunas horas en un estado de verdadero desorden. — Retirada á la desbandada hacia Charleroy. — Operaciones de Grouchy durante esta funesta jornada. — Al estampido del cañón de Waterloo, todos los generales le piden que se dirija hacia el sitio del fuego. — No comprende la importancia de este consejo y le desoye. — Hubiera sido muy fácil para él salvar el ejército. — Al terminarse el día, comprende la razón de sus generales y siente amargamente no haberlos escuchado. — Carácter de esta última campaña, y causa verdadera de la derrota del ejército francés.

A pesar de la actividad que había desplegado Napoleón en los dos meses y medio transcurridos desde el 25 de marzo hasta el 12 de junio, los resultados no correspondieron ni á sus esfuerzos, ni á sus esperanzas, ni á sus necesidades. Al principio contaba con ciento cincuenta mil hombres para lanzarse por la frontera del Norte sobre los ingleses y los prusianos; más tarde, después de los sucesos de la Vendée, con ciento treinta mil, y por último sólo pudo reunir ciento veinticuatro mil combatientes, para probar fortuna otra vez más. Cualquiera que conozca teórica ó prácticamente las dificultades con que lucha un gobierno, no podrá menos de encontrar sorprendente este resultado. Como nuestros lectores habrán visto anteriormente, al recuperar Napoleón la autoridad suprema el día 20 de marzo, halló un efectivo real de ciento ochenta mil hombres, de los que deduciendo los gendarmes, veteranos, ordenanzas, etc., que ascendían entonces á treinta y dos mil, sólo quedaban ciento cuarenta y ocho mil hombres. Ahora bien, descartando de este número las guarniciones indispensables para la custodia de los diversos puntos del territorio, era imposible reunir una fuerza activa de treinta mil hombres para reconcentrarla en cualquiera parte de las fronteras de la Francia. Tal es lo cierto y así lo comprenderán fácilmente los que hayan tenido en sus manos las riendas de un gran Estado.

Con el fin de vencer lo más pronto posible esta impotencia, llamó Napoleón á cincuenta mil soldados que disfrutaban de licencia semestral; esta medida hizo subir el efectivo total de ciento ochenta mil hombres á

doscientos treinta mil, é inmediatamente después recurrió á los antiguos militares, los que no dieron más que un contingente de setenta mil hombres en vez de los noventa mil que creyó poder reunir, porque gran parte de estos aguerridos soldados habían entrado en los batallones de la milicia nacional movilizada. Esta última medida aumentó el efectivo general el 12 de junio, no á trescientos mil hombres, sino á doscientos ochenta y ocho mil, porque en aquella fecha, de los setenta mil veteranos, doce mil se hallaban todavía en camino para reunirse con los demás. Faltaba la quinta de 1815, que debía proporcionar ciento doce mil hombres, de los cuales cuarenta y seis mil podían ser llamados á las armas sin pérdida de tiempo, y los restantes cuando la ley relativa á esta quinta fuese promulgada, como indicamos en los capítulos anteriores. El temor que inspiraba la cuestión de la quinta era causa de que hasta entonces no se hubiese llamado á ninguno de los individuos que debían formarla. Los milicianos nacionales movilizados respondieron con mucho celo al llamamiento del Estado, y presentaron ciento setenta mil hombres, de los cuales ciento treinta y ocho mil estaban el 12 de junio á disposición del gobierno, y treinta y dos mil prontos á agruparse en torno de las banderas.

De los ciento treinta y ocho mil milicianos, cincuenta mil, formados en divisiones activas, constituían la parte principal de los cuerpos, de Rapp en las márgenes del Rin, de Lecourbe en los alrededores de Belfort, y de Suchet en los Alpes. Los ochenta y ocho mil restantes guarnecían las plazas. Así pues, por entonces el ejército de línea, el único verdaderamente activo, se hallaba

reducido á doscientos ochenta y ocho mil hombres, y no contando á los gendarmes, veteranos, etc., de quienes hemos hablado más arriba, á doscientos cincuenta y seis mil, repartidos del modo siguiente: sesenta y seis mil hombres formaban el depósito de los regimientos, veinte mil constituían el contingente del cuerpo de Rapp, doce mil el del cuerpo de Suchet, y cuatro mil el del cuerpo de Lecourbe. (Ya hemos dicho que el excedente de estos cuerpos se componía de los milicianos nacionales movilizados.) En Aviñón había cuatro mil hombres de reserva, de siete á ocho mil en Antibes bajo las órdenes del mariscal Brune, cuatro mil en Burdeos bajo las del general Clausel, y de diez y siete á diez y ocho mil sobre poco más ó menos ocupaban la Vendée. Quedaban, pues, ciento veinticuatro mil combatientes para batirse en la frontera del Norte al mando inmediato de Napoleón, pero todos útiles, todos en las filas, y no teniendo que sufrir ninguna de esas reducciones que es preciso admitir en las valuaciones de ejército cuando se desea saber la verdad rigurosamente absoluta.

Hay que advertir que cada día que pasara debían aumentarse estas fuerzas, puesto que estaban próximos á llegar doce mil veteranos, cuarenta y seis mil quintos de los correspondientes al año 1815 y de treinta á cuarenta mil milicianos nacionales movilizados, ó lo que es lo mismo, cerca de cien mil hombres, cuya presencia hubiera permitido sacar de los depósitos cuarenta ó cincuenta mil reclutas para el ejército de línea y añadir treinta mil hombres á las divisiones activas de los milicianos nacionales movilizados. Un mes hubiera sido suficiente para obtener este resultado; y suponiendo dos meses, se hubieran conseguido cien mil hombres más, y el ejército activo habría podido constar de cuatrocientos mil combatientes y la milicia nacional movilizada de doscientos mil. El gobierno disponía del material necesario para estas tropas. El ejército de línea había recibido fusiles nuevos, y los compuestos se entregaron á los nacionales. La milicia que guarnecía las plazas tuvo que contentarse con los fusiles viejos, los cuales deberían ser compuestos sucesivamente. El material de artillería superabundaba, pero los tiros dejaban algo que desear. Napoleón logró reunir el 20 de marzo dos mil caballos de tiro; tomó seis mil en las aldeas é hizo una leva de diez mil, de los cuales había ingresado ya en los cuerpos una parte. El ejército del Norte tenía trescientos cincuenta cañones con buenos tiros, número suficiente toda vez que podían calcularse tres piezas por cada mil soldados. La caballería contaba ya cuarenta mil caballos, y había esperanzas de que llegaría á tener cincuenta mil. Además era excelente porque las monturas estaban adiestradas y los jinetes buenos. El vestuario se hallaba casi completo; sin embargo, en el ejército de línea no tenían algunos hombres más que la casaca y el capote. Los milicianos nacionales se quejaban de no haber recibido todavía el uniforme que habían adoptado, es decir, la blusa azul con cuello de color, lo que les exponía á ser tratados por el enemigo como paisanos revoltosos y no como soldados regulares. Los prefectos, sumamente ocupados en los primeros momentos y careciendo en general de fondos precisos, no podían atender á estas necesidades, y esto era para los nacionales un motivo de disgusto porque les anun-

ciaba un peligro; pero por lo demás se hallaban animados de los mejores sentimientos.

Así, pues, en dos meses y medio Napoleón sacó á la Francia de su estado completo de impotencia: mientras que el día 20 de marzo le hubiera sido imposible reunir en cualquier punto una fuerza de alguna importancia, el 12 de junio tenía en la frontera del Norte ciento veinticuatro mil hombres provistos de todo lo necesario, y capaces, si la fortuna no les hacía traición, de cambiar el aspecto de las cosas.

Además poseía en las márgenes del Rin, del Jura y en los Alpes núcleos de ejércitos tales que con sólo reunirse con ellos podía Napoleón formar acto continuo columnas imponentes y bastantes para hacer frente al enemigo. Las plazas se hallaban convenientemente ocupadas, y en cada uno de los meses posteriores debía aumentarse con un centenar de miles de hombres la masa total de la fuerza defensora del territorio. Algunos jueces severos han preguntado por qué razón había repartido cuarenta mil soldados entre los cuerpos de Rapp, Lecourbe y Suchet en donde no formaban verdaderos ejércitos, mientras que unidos á Napoleón hubieran podido decidir la victoria. Estas observaciones carecen de fundamento. El Rin, el Jura y los Alpes no podían quedar sin defensa; era preciso tener en esos puntos por lo menos cuerpos que reforzados prontamente en caso de peligro fuesen suficientes para contener la invasión. Napoleón los formó en gran parte con los milicianos nacionales movilizados, pero éstos necesitaban un sostén, y veinte mil soldados de línea aumentados al cuerpo de Rapp, cuatro mil al de Lecourbe, y doce mil al de Suchet debían darles una gran consistencia y proporcionarles además las armas especiales de artillería, caballería é ingenieros que no tenían los milicianos. De este modo Rapp disponía de cuarenta á cuarenta y cinco mil hombres, Lecourbe de doce á quince mil, Suchet de treinta á treinta y dos mil; y si Napoleón, después de haber vencido á los prusianos y á los ingleses, se dirigía hacia el Rin para hacer frente á los austriacos y á los rusos que llegaban por la frontera del Este, encontraría un contingente de ejército que podría hacer subir á ciento veinte mil combatientes con sólo llevar á su lado de setenta á ochenta mil hombres. No le era posible obrar de otra manera respecto de la defensa del Rin, del Jura y de los Alpes: dispuso, pues, lo que era indispensable, y se reservó al mismo tiempo los recursos suficientes para dar en el Norte un golpe decisivo. Sólo él, entre los generales antiguos y modernos, ha sabido verificar la distribución de las fuerzas de modo que, llenando todas las necesidades sin emplear para ello más que lo indispensable, no le faltasen en el punto esencial los medios decisivos. Las desgracias de 1815 no desvirtúan en nada esta aserción verídica.

La situación de que hemos hecho mérito prueba cuán insensato hubiera sido el pensamiento de avanzar hacia el Rin al día siguiente del 20 de marzo para aprovechar el impulso comunicado á los ánimos por el maravilloso regreso de la isla de Elba. Tomando este partido, hubiera encontrado fuerzas triples ó cuádruples de las que hubiera puesto en marcha; y alejándose tanto, hubiera sido más difícil ó casi imposible la reorganización de los regimientos franceses; y por último,

Napoleón se hubiera puesto en pugna con los hombres que querían á toda costa conservar la paz y que sólo le perdonarían que emprendiese la guerra en el caso de ser absolutamente inevitable. Pero si la resolución de esperar á que las fuerzas de la Francia saliesen del estado de abatimiento en que se hallaban el día 20 de marzo, y á que las disposiciones hostiles de la Europa se manifestasen hasta la evidencia; si esta resolución era hija de una prudencia y de un tacto incontestables, quedaba sin embargo por resolver una cuestión muy grave, la de saber si después de haber esperado hasta mediados de junio no valía más aplazar hasta la misma época del mes siguiente ó del de agosto el rompimiento de las hostilidades para aprovechar el instante en que estuviesen completamente organizadas las fuerzas de la Francia.

Con efecto, habiendo decidido Blücher y Wellington permanecer inmóviles al frente de la columna del Norte hasta que la columna del Este, al mando del príncipe de Schwarzenberg, estuviese en disposición de obrar, debía transcurrir por lo menos un mes antes de las primeras hostilidades, y un mes podía ser de gran consecuencia para el desarrollo de las fuerzas francesas. De este modo los veteranos, los quintos de 1815 y los milicianos nacionales movilizados hubieran concluido de agruparse en torno de las banderas, y Napoleón hubiera podido contar con cien mil hombres más, los cuales casi en totalidad habrían ingresado en el ejército activo, y en vez de ciento veinticuatro mil combatientes hubiera tenido á sus órdenes el valiente caudillo hasta doscientos mil.

Si se supone que, persistiendo en este plan de expectativa, hubiera como en 1814 dejado al enemigo avanzar hasta el seno de las provincias de la Francia, los dos grandes ejércitos anglo-prusiano y austro-ruso no habrían podido llegar antes del 1.º de agosto, el uno á Langres y el otro á Laón. Disminuyéndose en número los depósitos habría ofrecido á los regimientos muchos soldados útiles; Rapp evacuando la Alsacia se habría reunido con Napoleón, quien de este modo hubiera podido hallarse al frente de doscientos cincuenta mil combatientes inmediatamente dirigidos por él. Durante este tiempo, París se hubiera llenado de marinos, de confederados, de depósitos, y acaso entre todos hubiera podido reunir cien mil defensores. Lyon, rodeado de sólidos baluartes, hubiera recibido también en su seno á los marinos de Tolón, contando además con los milicianos movilizados del Franco-Condado y de la Auvernia; Suchet, apoyado por Lecourbe, hubiera podido situarse delante de Lyon con cincuenta mil hombres, y entonces, al paso que estas fuerzas cubrían el Mediodía, Napoleón maniobrando con doscientos cincuenta mil soldados, y teniendo á su espalda á París bien defendido, hubiera cubierto el Norte, no pudiéndose apenas dudar del resultado de la campaña, por más que los invasores ascendiesen en número, como se suponía, á quinientos mil, de los cuales cien mil necesitaban precisamente formar la retaguardia. Ahora bien, cuando se recuerda lo que hizo Napoleón en 1814 con setenta mil hombres bajo su dirección, sin que París se viese protegido, sin que hubiese en su recinto ni un cañón, ni un hombre, ni un general, y cuando Lyon se hallaba entregado á la inepticia de Augereau, no puede menos

de experimentarse un vivo sentimiento de que no prevaleciese en su ánimo el sistema de la defensiva sobre el de la ofensiva. Pero, por ventajoso que parezca este plan defensivo, no dejaba tampoco de tener graves inconvenientes. Para llevarle á cabo, era preciso desde luego sacrificar las más florecientes provincias de la Francia, las más ricas, las más adictas, las del Este y del Norte; era preciso consentir al enemigo que se aprovechase de sus inmensos recursos, y exponerlas á una segunda invasión, cuando tanto habían padecido con la primera, cuando acababan de proporcionar casi por completo los ciento setenta mil milicianos nacionales movilizados, los que replegándose al interior hubieran dejado á merced de la furia del enemigo sus patrimonios, sus esposas y sus hijas. Era preciso, además de imponerse este penoso sacrificio, contener una crueldad, una ingratitud, y semejante conducta podía ser al mismo tiempo considerada como una especie de debilidad por la Francia, que devorada de una ansiedad inmensa se hubiera creído autorizada para creer que al obrar de este modo se encontraba el gobierno reducido al último estado de abatimiento. Esta conducta debía desalentar y entristecer al partido liberal y revolucionario, dando motivo al partido realista para mostrar más audacia que nunca. Los ánimos fuertemente agitados en París y en las cámaras se trastornarían sin remedio, su disgusto crecería, y se dividirían más aún de lo que estaban. Así, pues, abandonar al enemigo la Alsacia, el Franco-Condado, la Lorena, la Borgoña y la Champaña, después de haber privado á estas comarcas de sus brazos más útiles, demostrar un estado de desaliento asolador, animar á los enemigos, desanimar á los amigos, dejar al país durante dos meses en una ansiedad cruel, y participar de este mismo estado, dar ocasión á que las cámaras apurasen la manifestación de sus temores, todos estos eran inconvenientes de la mayor gravedad, y aun sin el ardor peculiar del carácter de Napoleón, se comprende que habiendo formado otro plan lo preferiese al que acabamos de exponer.

Y con efecto, abrigaba otro plan en el que no había cesado de meditar con la fuerza de pensamiento que le era propia y de cuyo valor no tenía la menor duda.

Las dos columnas invasoras se encontraban á cien leguas de distancia la una de la otra, y además la segunda, la del Este, no podía hallarse en estado de obrar hasta mediados de julio, es decir, un mes después de la época en que la del Norte comenzaría su marcha, de manera que entrambas no podían sostenerse, ni por la distancia, ni por el tiempo. Lord Wellington y Blücher acampaban á lo largo de la frontera francesa del Norte, detrás de Charleroy; aunque á poca distancia uno de otro, no estaban tan unidos que impidiesen llegar á colocarse en medio de sus columnas y realizar en esta posición los más grandes designios. El uno tenía su punto de apoyo en Bruselas y el otro en Lieja. Ambos caudillos habían procurado ponerse en comunicación por medio de numerosos cuerpos de guardia diseminados en las orillas de la derecha y de la izquierda del Sambre, río que los separaba, pero habían obrado como esos talentos de segundo orden que más bien columbran que ven las cosas, y Napoleón, con su mirada rápida y segura por naturaleza y por experiencia, descubrió claramente desde París el punto por el cual

podría introducirse en sus acantonamientos, interponerse entre los dos aliados, batirse primero con los prusianos rechazándolos hacia el Mosa, y después con los ingleses obligándoles á refugiarse en el mar, para producir con el primer golpe una profunda impresión en Europa que ejerciese una poderosa influencia en Londres sobre las divisiones del parlamento británico, en Viena sobre los recelos del gabinete austriaco. Destruída de este modo la columna del Norte, podía correr al encuentro de la del Este, y si empleaba en combatir y vencer el mes que le faltaba para aumentar sus fuerzas con cien mil hombres más, podría, lanzándose con ellos sobre el príncipe de Schwartzberg, llevarle probablemente al Rhin, y si no quería mostrarse muy exigente, conseguir la paz de la política europea desconcertada. Suponiendo que Napoleón obrase impulsado por una ilusión, suponiendo que esta aventurada ofensiva no alcanzase el triunfo que con ella esperaba, ningún motivo existía que pudiera impedirle abandonar la ofensiva por la defensiva, es decir, la disputa palmo á palmo del territorio nacional que tan admirablemente había sostenido en 1814, y podía, sin comprometer la situación, adoptar el segundo plan al perder todas las probabilidades de triunfar con el primero. La Alsacia, el Franco-Condado, la Lorena, la Borgoña y la Champaña no tendrían razón para quejarse, puesto que no las abandonaba hasta después de haber empleado todos sus recursos para defenderlas; y con este sistema que le hacía optar por la ofensiva antes de recurrir á la defensiva, no desperdiciaba ninguna de las circunstancias que podían serle favorables, favoreciendo al mismo tiempo á la nación.

Contra este plan no podía hacerse más que una objeción, pero grave. Al dirigirse á probar fortuna tan atrevidamente en medio de los ingleses y de los prusianos, corría el riesgo de encontrar una espantosa derrota, en vez del suspirado triunfo, y entonces todo el gran edificio de recursos tan laboriosamente preparado se hallaba expuesto á desmoronarse de un soplo, arrastrando en su caída al mismo gobierno que le había levantado. Por esta razón temía Napoleón la reunión de las cámaras llevada á cabo en tan corto tiempo: un revés de la suerte podía sumirlas en una especie de delirio. Pero su reunión era ya un hecho consumado, y lo más importante era tranquilizarlas, devolver la esperanza y la tranquilidad al país, á todo el mundo, y esto sólo podía conseguirse apresurando el momento de conquistar un triunfo decisivo. Napoleón veía con su penetración superior la posibilidad de obtener este triunfo y le aguijoneaba la impaciencia natural que domina á los capitanes inspirados. El genio de la política consiste con frecuencia en saber esperar, el de la guerra en descubrir sin pérdida de tiempo el lado vulnerable, y caer sobre él acto continuo. Por esto, al paso que los más grandes políticos han hecho alarde de una inmensa paciencia, los más grandes capitanes se han distinguido por su viveza, por su ardor, por su insaciable ansiedad. Los dos extremos ofrecen sus inconvenientes, y sin embargo, es necesario consentirlos con tal de que en su aplicación sean oportunos.

Así, pues, como vemos, por razones de situación y de carácter, Napoleón resolvió caer primero sobre los ingleses y los prusianos, con los ciento veinticuatro mil

hombres de que disponía, para dirigirse después con los refuerzos que el país le proporcionase contra los rusos y los austriacos. Concebido en breve tiempo y al principio este plan, lo pudo preparar con una profundidad de cálculo increíble, y los primeros resultados fueron, como verán nuestros lectores, singularmente venturosos. Mientras que los prusianos se apoyaban en Lieja, y los ingleses en Bruselas, comunicándose por medio de los cuerpos de guardia que habían establecido en las dos orillas del Sambre, Napoleón tenía sus ciento veinticuatro mil hombres extendidos sobre una larga línea de acantonamientos desde Lille á Metz, con su retaguardia en París. Era preciso concentrarlos rápidamente, es decir, reunirlos sobre dos ó tres leguas de terreno, sin sacar al enemigo de su incuria, ó por lo menos sin alarmarle más que á medias, para que las medidas que tomase no fuesen decisivas. El primer cuerpo á las órdenes de Erlón estaba en Lille, el segundo á las de Reille en Valenciennes, el tercero á las de Vandamme en Mezieres, el cuarto á las de Gerard en Metz, y el quinto á las de Lobau en París, de modo que entre el de Erlón á la izquierda, y el de Gerard á la derecha, había cien leguas de distancia y sesenta desde París á la frontera. El movimiento de concentración no era, pues, fácil de operarse. He aquí las disposiciones que tomó Napoleón para verificar con éxito este movimiento.

La marcha desde París á la frontera, que debía hacerse por Soissons, Laón y Maubeuge, no podía indicar de un modo positivo los designios de Napoleón, puesto que desde un mes antes todo pasaba por este mismo camino. Además, encontrándose una gran parte de las fuerzas enemigas en la frontera del Norte, nada más natural que la marcha de las tropas hacia este lado como también hacia Metz, Estrasburgo y Laón. Para descubrir á ciencia cierta el proyecto del jefe del Estado, hubiera sido preciso contar el número de hombres que atravesaba cada uno de estos caminos; pero el enemigo no se halla nunca ni tan bien informado, ni tan alerta que pueda recoger con exactitud semejantes datos, ni su penetración es tanta que pueda deducir de las conjeturas la verdad á no tener por jefe un genio superior. Napoleón ordenó, pues, la marcha sucesiva de las divisiones del conde de Lobau y las de la guardia con todo el material de artillería, sin más temor que el de enterar á los generales aliados que aprestaba un ejército en el Norte, lo que, por otra parte, no debía causar admiración, puesto que en este punto se hallaba el grueso de las fuerzas inglesas y prusianas. El movimiento peligroso, por lo que su ejecución haría suponer, era el de derecha á izquierda, desde Metz á Maubeuge, porque podía revelar el proyecto que abrigaba Napoleón de concentrar sus tropas en Maubeuge para partir desde allí hacia Charleroy. Siendo el cuerpo de Gerard el que se hallaba más distante, debía ser el primero que se pusiera en movimiento; pero por fortuna había pocos enemigos delante de Metz, y por lo tanto no reclamaba mucha vigilancia ni había que temer muchas comunicaciones. Napoleón ordenó al general Gerard que saliese de Metz con el mayor secreto el día 7 de junio, que cerrase las puertas, que procurase no dejar traspasar á nadie las puertas de la plaza, y que se encaminase hacia Philippeville sin que ninguno de los oficiales de su